

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

# LA VUELTA AL MUNDO



*Rey Tubantu conestorun Iuanonorum  
Regum potentissimus est, summoq; Nobilitate  
et Militum ceteris antecellit Prædationibus  
et pluriâ interitus & occupatis, cupit  
una nauigia plurima mari continuo parat  
et instructa habet Regnum apud Oria  
fructuosum est feracissimum.*

**PREMIO CÁCERES DE NOVELA CORTA**

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE CÁCERES



Carolina-Dafne Alonso-Cortés

## LA VUELTA AL MUNDO

(Novela)

Premio Cáceres de Novela Corta

Excmos. Señores: En los pocos pedazos de tiempo interrumpido que me dejan mis devociones en el convento de dominicos donde vivo, doy a luz estas memorias, porque veo que se me ha pasado la juventud y llega la vejez a pasos gigantes. Envío estos papelillos con una copia de mi testamento, aunque no quiero que se impriman hasta que yo muera.

Muchos trabajos y desdichas sufrí en esta larga y penosa temporada, pero los suavizó mucho mi conformidad. Vine al mundo catorce años antes del descubrimiento de América por Cristóbal Colón, y aunque no es ocasión ahora de demostrar mi genealogía, otros con peores abuelos que los míos viven triunfantes, poderosos y temidos. Yo digo que lo que aprovecha es tener buenas costumbres, que éstas valen más que los mejores parientes.

Ya, gracias a Dios, han trotado sobre mis lomos los setenta y pico; ya doblé la temerosa esquina, y aunque me han magullado la humanidad los años, aún me rebullo, aunque esté algo tiritón.

He tenido hasta hoy un seso altanero y desahogado. Los duques, condes, marqueses y ministros me buscan, distinguen y honran. Pocos son los obispos en España que no reciban mis cartas aunque, a decir verdad, hablo un latín tan corrompido que ni yo lo entiendo, ni creo que nadie lo llegue a entender.

Jubilé hace dos años, bendito sea Dios, y solicité del Provincial que tuviera a bien mudarme a este convento en que estoy, por ser uno de los más preciados de nuestra Orden. El sitio es muy ameno de árboles y agua; salen algunos a predicar de esta casa a toda España y a las Indias, todo en beneficio de las almas.

Confieso que mi cuerpo se va ya torciendo hacia la tierra, y ha empezado a descubrir los costillares, que los maledicentes llaman corcova. La memoria se me ha hundido un poco, pero las demás potencias las uso con prontitud y deleite. Hace algún tiempo me encontraba algo tullido, pero al presente tengo más salud de la que merezco, gracias a la bonanza de estos aires.

Mirado a distancia, no estoy mal. La piel del rostro está llena, aunque me van asomando hacia los lagrimales algunas patas de gallo. El cabello, a pesar de mis años, todavía es espeso. El ojo que tengo sano es vivo, aunque el otro está muerto y retirado hacia el colodrillo. Los dientes son cabales, libres del sarro, el escorbuto y otros asquerosos pegotes.

Pongo a los pies de vuestras mercedes mis obras actuales y anteriores (que también son trabajos), con la esperanza de que sean bien acogidas. Como es tarde lo dejaré para mañana y me iré desnudando, y haciendo mis menesteres indispensables con la decencia y el silencio que me sean posibles para no molestar a los demás.

\*\*\*

Después de muerto el Almirante Cristóbal Colón, se espaciaron mucho los viajes a las Indias. Por entonces, yo no había entrado en religión y me daba mucho a las mujeres. Unas me pedían matrimonio, otras dinero y más dinero, y por si fuera poco me contagiaron unas bubas malignas que me abochornaron los tuétanos.

Llegado el médico, viendo la alteración de mi pulso y los trasudores y agonías que pasaba, mandó que buscaran a quien me confesara, porque tenía muy pocas horas de vida. Vino luego un cirujano que pensé que me dejaba muerto, y estaba en vísperas de ello.

Me llevaron moribundo a Sevilla, echando podredumbre por la boca y ponzoña por los ojos. Después de tantos años como faltaba de allí, encontré a mi madre corcovada, con el cuerpo hecho un ovillo, sin talle ni hechura de cosa humana. Tenía no obstante su mismo buen entendimiento, decididor y gracioso, y lo primero que hizo fue equiparme de jubón, zapatos y sombrero, y asó dos perdices y un torrezno que me sirvieron de almuerzo y comida, lo que me repuso más que todos los doctores.

Me extrañó, pues era mujer que no daba palabra de balde de tan avarienta, y la saliva no daría si pensara que era medicina. Pues sus caballos reventaban de gordos y los pobres se le caían muertos a la puerta de flacos. Yo estaba en la cama, pero una vez que me vi sano no me pareció bien aquella vida descansada, y quise irme. Entonces, ella me dijo: “Tienes buena casa, duermes en buen colchón, comes lo que quieres. ¡Ah, loco, loco! ¿Por qué piensas en marcharte, ahora que te he encontrado?”

Sólo trataba ella, al verme melancólico, de alegrarme y divertirme. Me levantaba tarde, hambriento y somnoliento, sin saber dónde estaba ; y me aficioné de tal forma a su vino y otros jarabes que todo me sabía bien y nada me sentaba mal, sino lo que no comía o bebía. ¡Desdichado de mí! Pues tenía lo menos y me faltaba lo más, que era la libertad de espíritu.

De esta manera pasé algunos años, hasta que el gusanillo de la conciencia me comenzó a roer las entrañas. Por entonces la enfermedad puso a mi madre en una cama, donde al cabo de un mes se la llevó Dios. La lloré de corazón con ambos ojos, y me vino tal accidente de pena que a punto estuvo de acabar también con mi vida. Pues apenas salió el sol me vi desahijado, y de todo desesperaba. Paseando por una pieza enladrillada iba asentando los pies por las hileras de ladrillos, cuando cansado de pasear comencé a decir necedades, y creyendo ser un guijarro me tiré al suelo, dando con la cabeza en la piedra.

Dimos tierra a mi madre y para no estar solo decidí casarme; así que, pasados los funerales, vinieron los esponsales detrás. Alegres fueron los días de mi boda para los amigos y tristes los de mi matrimonio para mí; pues entre otros defectos le daba a mi mujer por la iglesia, sin dejar ermita, parroquia ni santera por visitar. Padecí con mi esposa más de seis años y sólo diré que si uno hablaba el otro rezongaba, y de cada pulga fabricábamos un pueblo. Le fui tomando tal odio, que decidí en cuanto pudiera alzar velas y marcharme.

Con estos pensamientos me puse a buscar a mis amigos. Unos se habían mudado, otros estaban ausentes y otros muertos, y en algunas casas no hallé piedra sobre piedra. A todo esto andaba yo estrecho de dineros y pasaba el día en paseos hablando por la calle conmigo mismo, y en casa hablaba a solas.

Habían transcurrido casi treinta años desde que salió el Almirante, y yo pasaba de los cuarenta; pero aún me encontraba con fuerzas, aunque la holganza me había herrumbrado las coyunturas.

Por entonces oí que estaban preparando una escuadra de cinco naves, mandada por el capitán Hernando de Magallanes, un gentilhombre portugués. Fui al puerto y estuve viendo cómo aderezaban los baúles; allí encontré a un antiguo compañero que quería marcharse con él y que me presentó al timonel.

Era éste valiente y discreto, y tan buena maña me dí que en pocos días me tomó mucho afecto, de forma que de allí en adelante buscaba mi compañía. Una tarde en que volvíamos a Sevilla cantando “tres ánades, madre”, me prometió hacer por mí lo que pudiera; y pidiendo en una venta un vaso de vino y recado de escribir, comenzó a redactar una carta, recomendándome al capitán.

Yo bien sé que en todo ese tiempo no me confesé, y si lo hice fue para cumplir con la parroquia y que no me descomulgasen. Estuve urdiendo por aquellos días cómo huir de mi dama, pues la temía más que a la horca. Aunque llevaba el discurso ya hilvanado, buscaba ocasión para poderlo sacar en limpio; pues aunque yo fuera el más solemne embustero que han conocido los hombres, no estaba el horno para bollos.

Un día la llamé en secreto y le dije que había decidido entrar en la Iglesia, porque queriendo ser un buen marido no lo conseguía. Al principio se quedó callada y le conocí en el rostro que estaba mohína. Tuvimos luego una pendencia muy reñida a voces y empezó su burguesía a llover insultos sobre mí, levantando el tiple de tal forma que lo ponía en el cielo y diciendo tales cosas que no había honra ni espalda que las soportaran.

Me llamó archigallina de gallinas, demonio y espía del infierno, y me dijo que no tenía ningún abuelo que no fuera quemado por hereje. Daba lástima ver las cosas que hacía y los disparates que hablaba, levantando el grito que hundía la casa. A todo esto estábamos a oscuras, pero más negra estaba mi alma; y la conversación pasara más adelante si la noche no viniera tan aprisa.

Cavilando toda aquella noche, que no reposé ni pude pensar en otra cosa, de espaldas me cansaba y de lado no podía estar, por lo que decidí levantarme. Con la escasa luz de la madrugada ella se despertó y, mirándome muy fija, reconoció que quizá no hallara otro remedio mejor que entrar en un convento. Pues podía tener talento para un púlpito y, siendo buen predicador, tendría segura la salvación del alma.

Hasta alabó que tratara de hacerme religioso, que para los enfermos se hizo la medicina y la horca para los malos. Se había sosegado mi alma, y como me caía a canal, fui de nuevo recobrando el sueño. Despertó ella más temprano y me recibió muy alegre. No sabía yo qué hacer ni qué decir; añadió que, como el daño no tenía remedio, era mejor acometer la adversidad con alegre rostro.

Me incorporé entonces, supliendo con bostezos lo que faltaba por dormir, y en poco tiempo tuve preparadas mis cosas. Pues dijo ella a un criado que me comprara lo necesario, a otro que me limpiase la ropa, me enjabonase unos cuellos y me preparase merienda para el camino.

Me alentó su aliento, me alegró su alegría y me lavé la boca que casi la desollé; y comunicando a todos mi resolución la apreciaron mucho, teniéndola por honrada y acertada para ambos.

Me despedí de los parientes y estando en esto vi que ella había hecho alquilar un coche para llevar el equipaje y algunas cosas menudas y de poco precio. Su fraile confesor, cuando me oyó tan heroica hazaña, creyó que era algún santo. Cuando me preguntó dónde entraría en religión, yo le contesté que en Salamanca.

Ya quería partir, las mulas estaban a punto. Me echó ella los brazos encima, al cuello una cadenilla de oro, y me deseó todo bien. Añadió unos cuantos doblones que yo guardé en el pecho, en una bolsilla bien amarrada y atada en un ojal del jubón.

Ellos en buena hora se fueron y yo, temeroso de que me siguieran, dándoles más holas que hay en el estrecho de Gibraltar me puse en camino, con tanta prisa como miedo. Pero como Sevilla era ya por entonces gran población, pronto me perdieron de vista y escaramucé como pude, tanto era el alboroto que había en la ciudad.

No llegué muy lejos, pues busqué a unos marineros conocidos en una hostería que solían frecuentar. Despedí el coche diciendo que seguía con otros; entonces él se fue para Marchena y nos dividimos. Era la posada de las mejores de la ciudad, donde acudían gente principal y marinos. Hallé a los que digo, que parecían estar difuntos, pues estaban sepultados en vino. Con ellos estaba el timonel y tanto me alabó, que sólo le faltó tomarme por pariente cercano. Le conté lo que a mi esposa le había dicho y él se santiguaba riendo, viendo mis embustes.

El primer día los convidé a aguardiente y fueron tantos los brindis que querían vomitar todo lo que el cuerpo tenía, como mujer preñada. Compré las cosas que necesitaba, que no eran muchas, y puse mis papeles en orden, llegando al tal Magallanes con mis cartas de recomendación.

Después de aguardar tres días, que pasamos gastando y holgando sin hacer nada de provecho, salí yo bien abrigado y preparado con lo necesario, pues juzgan a cada uno como lo ven vestido. Tenía por entonces cumplidos los cuarenta y uno, pero aunque me fallaran las fuerzas, no era más que el mal humor que pronto se pasaría.

En el fondo me animaba lo mismo que a todos, y era hallar la ruta hasta las islas de las Especias. Decían algunos marineros haber estado tierra adentro en la India, en un reino grandísimo rico en perlas, oro, joyas y toda clase de piedras preciosas. Hablaban de una isla llamada Ceilán, que abarcaba trescientas leguas y era riquísima en elefantes y mucha caballería. Otros habían visitado una llamada Sumatra y yo, escuchando todo esto, se me quedaban helados los bocados antes de llegar a la boca.

Era como he dicho nuestro capitán llamado en su tierra Fernao de Magallanes, mas tomó la nacionalidad española y con ella el nombre de Fernando. Trabé con él conversación y me dijo que había luchado contra árabes y malayos, siendo herido en más de una ocasión. No era hombre de mucha estatura, pero recio, y se hacía obedecer sin rechistar.

Entre todos aprestamos los navíos y cerca de la torre del Oro tomamos una carga de harina y galletas además de lentejas, judías, aceite y mucho azúcar y queso. Sólo de anchoas cargamos como para un ejército. Iban también vino, mostaza, algunas especias y siete vacas que nos darían leche fresca.

Eran los navíos viejos y mal acondicionados y con ellos tomamos la ruta de las islas Canarias. Iba la nao capitana por la noche delante de las otras que la seguían y se guiaban por la pequeña antorcha de leña o farol, que pendía siempre de la popa del barco. Las otras contestaban con otro fuego, que hacían con un cabo de cuerda de esparto.

Por la noche se montaban tres guardias. Llevaba el capitán intención de llegar a la tierra de las especias, no por el sur de Africa como hacían los portugueses, sino por el sur de las Indias. Pero no era suya la idea, pues la misma la había tenido antes el capitán Americo Vespuccio.

Era ya por entonces rey de España don Carlos, nieto de nuestros católicos reyes. Iba entre nuestros hombres Juan Sebastián Elcano; también viajaban italianos y franceses, portugueses, algunos alemanes y hasta griegos y flamencos. Me topé en el barco con malayos, varios negros y un inglés, pues con nadie se hacían diferencias. Iba con nosotros un caballero italiano llamado Antonio Pigafetta que llevaba plumas, tinta y papel para escribir lo que ocurriese.

Era ya bien entrado el mes de septiembre cuando tocamos Tenerife para repostar agua, carne y leña; no vimos agua dulce en aquella isla, sino que al mediodía se veía bajar una nube del cielo y rodear un enorme árbol, destilando entonces sus hojas y sus ramas el agua; líbreme Dios de decir mentira, pues hay al pie de dicho árbol una fuente donde todos beben.

Salimos luego al mar océano. Seguían el rastro de las naves ciertos peces grandes, que para mí eran tiburones; cazábamos muchos a arponazos, aunque no eran nada buenos para comer. Vimos muchos pájaros, algunos sin culo; y otro, que cuando la hembra quería poner un huevo lo ponía en los lomos del marido y así se incubaba, y juro no ser falsedad. Había peces que volaban; en tomándolos iban mal guisados, el aceite negro que parecía de suelos de candiles, la sartén puerca y el cocinero legañoso.

Pasamos la línea equinoccial hacia el sur, navegando seguido hacia una tierra llena de árboles de brasil. Estuvimos allí trece días haciendo acopio de gallinas, patatas, piñas muy dulces y otras cosas que olvido por no ser pesado, porque ya me voy alargando en demasía. Llamamos a aquella tierra Brasil y eran sus hombres tan inocentes que por un anzuelo de pesca nos daban un saco entero de patatas. Sabían éstas al comerlas como castañas y las llamaban boniatos.

Vimos cómo aquellas gentes dormían en las redes de algodón llamadas hamacas y anudaban sus dos extremos en troncos gruesos, encendiendo lumbres entre ellas para combatir la humedad y ahuyentar a los animales salvajes. Se comían a sus enemigos sin ningún pudor y no de una vez, sino cortando rebanadas y llevándolas a sus casas para ahumarlas; por lo que los llamábamos infames, caníbales y desvergonzados.

Iban algunos bien borrachos y ninguno respondía por más que diéramos voces y golpes a sus puertas. Se pintaban los cuerpos, se abrigaban con plumas de papagayo, con ruedas grandes en el culo hechas con las plumas más largas, que era cosa ridícula de ver. Y en lugar de gatos tenían macacos, semejantes a cachorros

de león.

Reíamos de que sus cerdos tuvieran el ombligo en la espalda y de unos pájaros con el pico como cucharón, y sin lengua. Por otra parte, aquellos indios te daban a sus hijas como esclavas por un hacha pequeña y lo hacían con gusto; pero a su mujer por nada la habrían entregado, bien lo pudimos comprobar. Ellas nada les consentían de día, y sólo de noche; trabajaban mucho, siempre con el marido cerca, pues con él hubieran ido al infierno en coche y en alma. Llevaban a sus hijos colgados del cuello en redes de algodón; callo otras muchas cosas por no alargarme y que me tachen de pesado.

Hacía dos meses que no llovía por allá y en cuanto bajamos nosotros al puerto empezó a llover, diciendo ellos que habíamos traído con nosotros la lluvia. Eran tan inocentes que pensaron en un principio que fueran las lanchas hijas de las carabelas, que las parían en el justo momento en que se soltaban por la borda en el mar. Y viéndolas luego a su costado creían que la madre las amamantaba.

Muchos ignoran que navegando por los mares se vean cosas tan curiosas y por eso me determiné a contarlas yo mismo, para que otros las supieran; y al mismo tiempo, hacerme un nombrecillo que llegara a los tiempos futuros.

Un día estaba yo en la nao capitana cuando subió a bordo una hermosa muchacha que era una caja de donaires. Decía yo entre mí: “Pues no estoy tan flojo ni cansado como creía”, con lo que me turbé de tal forma que no sabía qué decir ni qué hacer. Le hice ciertas señas; se mostró arisca, con la boca callada, y no dijo palabra por entonces.

Vi que entraba en la cámara del capitán y le echó el ojo a un clavo más largo que un dedo; tomándolo con gran gentileza lo metió entero de punta a cabo entre los labios de su natura, con lo que pareció disfrutar mucho. Hecho esto se marchó pasito a pasito, viéndolo todo el capitán y yo. Y en lugar de decir: “bueno, muy bueno”, decía “tum maragatuma”, a lo que respondimos que se fuera en buena hora.

Salimos luego de allí flechados de nosotros mismos, para llegar al polo antártico torciendo hacia el sur; y examinando cada estuario llegamos al Río de la Plata, donde se habían comido los indios a un español que llamaban Juan de Solís y a todos sus compañeros. Pues los hombres que ocupaban aquel río comían carne humana, siendo la desembocadura del río de diez y siete leguas de agua dulce.

Se acercó a la nao capitana un hombre que era casi un gigante y tenía un vozarrón de toro; saltamos a tierra a hablar con los otros, pero huyeron con tan grandes pasos que no podíamos alcanzarlos y nos volvimos santiguando, pensando que eran primos del gigante Goliat.

Seguimos adelante hacia el sur, continuando hacia el polo antártico. Costeábamos ahora y fuimos a dar con dos islas llenas de aves como gansos; era tanto el estruendo, el chirriar y el graznar de estas aves que parecía que todas las del mundo estaban juntas, siendo de tantos géneros distintos que causaban admiración. Tomamos de ellas las que quisimos y en una hora abarrotamos las cinco naves sin ningún trabajo. Eran negras y no podían volar; no era menester desplumarlas, sino que las desollábamos, asándolas hasta quedarnos hartos.

Venían por las noches algunos lobos marinos a dormir a la isla y roncaban tan alta y fieramente que de lejos podían oirse. Los había de diversos colores y tan gordos como terneros; al oírlos roncar acudimos y los matábamos dando con un palo en el hocico o el testuz. Pues no tenían patas, sino unos pies que arrancaban del torso parecidos a nuestras manos y con las uñas pequeñas. Con esto y las aves vivíamos, no desconfiando de la bondad y el auxilio de Dios.

Se nos echaba encima el frío y había que hallar un puerto donde pudiéramos invernar, por lo que izamos velas. Hacía seis meses que salimos de España y en éstas llegamos a uno donde nos dispusimos a pasar el invierno austral. Transcurrieron allí dos meses sin que viéramos un alma, hasta que un día vislumbramos sobre una roca a un hombre de disforme estatura; el cual, desnudo como estaba, cantaba y bailaba echándose unos polvos sobre la cabeza.

Se vistió luego este fenómeno con una piel cosida en sus juntas, de un animal parecido a una mula. Y cuando nos vio señaló al cielo con el dedo, como si viniéramos de arriba. Era tan alto que no le llegábamos a la cintura, mal rayo lo partiera. Tenía las facciones muy grandes, pintadas de rojo y alrededor de los ojos amarillo; con un corazón bien trazado en medio de cada carrillo y los cabellos teñidos en blanco, que nunca tal cosa se viera. Calzaba unas grandes abarcas hechas del mismo bicho y empuñaba con mucha pericia y sosiego un arco corto y grueso, con la cuerda de tripa y un puñado de flechas cortas y emplumadas. Tengo que decir que nos pareció vivo de ingenio y ojos.

Le dio el capitán de comer y le puso delante un espejo grande de acero. Cuando allí se vio, se asustó de tal forma que dio un salto hacia atrás, derribándose al suelo con tres o cuatro de los nuestros que se vieron desbaratados. Le dieron cuentas, un peine y algunas cosillas; consintió en llevarnos con él y en cuatro trancos estuvo en su poblado.

Cuando llegamos, vimos que se alineaban desnudos y empezaban a bailar y a cantar con un dedo en lo alto. Llevaban los hombres sus armas y las mujeres iban cargadas como burros. Y pidiéndoles algo de comer nos dieron polvo blanco de raíces de hierba, en vasijas de barro. Por aquellas grandes abarcas nos recordaron al monstruo llamado Patagón, por lo que los llamamos patagones y a toda su tierra Patagonia.

Eran las mujeres muy gordas y tenían las tetas largas hasta la cintura, con lo que nos quedábamos atónitos; iban pintadas y desvestidas como sus maridos, pero ante el sexo llevaban un pellejín que lo cubría y eran todos sus sayos y enaguas de no más de una cuarta, con lo que salíamos todos perdidos, y hasta corridos.

Oímos grandes carcajadas de risa y aplausos de regocijo. Se dirigieron a nosotros en su lengua, pidiendo que les mostráramos cosas ilícitas, como eran nuestras ancas y algo más. Era para ver si la nuestra era delgada o gruesa, blanca, morena o roja, así que los hombre empezamos a huir y ellas a perseguir.

Hallamos a cuatro de estos gigantes sin armas y con un ardid determinamos tomar a dos para llevarlos a España. Cuando comprendieron el engaño bufaban como toros, echando espuma por la boca. Llamaban a Setebo y le pedían a voces que los ayudara; luego supimos que se trataba de un espíritu o demonio.

Cuando a esta gente le dolía el estómago se metían por la garganta dos palmos de una flecha, quedando desmayados y vomitando luego una masa verde mezclada con sangre; pues comían cierta clase de cardos, con lo que llevaban todo el día las bocas agrias, las barrigas amargas y los dientes afilados de un palmo. Estando en estas bascas, si les dolía la cabeza se daban en la frente un gran corte, que era perder el seso por el gran castigo que se hacían por males tan leves.

Llevaban ellos el pelo cortado con una coronilla a la manera de los frailes y se ataban el miembro viril entre las piernas para preservarlo del frío; pues malos vientos los podían dañar y quedarían ellos corridos y picados.

Supimos que al morir uno de ellos se le aparecían varios demonios; el más importante se llamaba Setebus. Iban en estas ceremonias todos pintarrajeados cantando y bailando; uno dijo haber visto al demonio con dos cuernos en la cabeza y pelos largos en las piernas, lanzando fuego por la boca y el culo.

Cada uno de nuestros prisioneros se comía una espuerta de gallinas y bebía sin resollar medio balde de agua. Se zampaban las ratas sin hacerle ascos ni a la piel, pues con más facilidad se hacía de esa forma, y con menos molestias.

En los cinco meses que estuvimos en el puerto, pasaron muchas cosas. Se levantó una mala voz y los capitanes de los cuatro navíos se conjuraron para asesinar a nuestro capitán general; por lo que uno fue descuartizado, otro muerto a puñaladas y dos desterrados a las tierras de los patagones; pues pueden robar al que duerme, pero no al que vela, y nuestro capitán no dormía.

Una nave llamada Santiago se perdió; sus hombres se salvaron de milagro y dos pudieron llegar hasta nosotros para avisarnos, cayendo luego al suelo sus cuerpos sin alma. Fuimos a socorrerlos, por una senda



áspera y llena de maleza; con lo que me puse de lodo, las manos asquerosas y el rostro muy sucio, más que mi corazón.

No hallábamos agua que beber, sino hielo, y nos agotaba la fatiga. Hallamos moluscos alargados de los que llaman mejillones, que tenían unas perlas pequeñas que nos estorbaban al comerlos. Con eso y con algas, vivíamos míseramente. Más tarde vimos avestruces y zorros; corrían cangrejos, pero no los pudimos alcanzar. Llegados a un monte plantamos una cruz señalando que eran del rey de España todas aquellas tierras; y hubiéramos llegado al infierno por hallar compañía.

Partiendo de aquí dimos con un río de agua dulce; para dar gracias a Dios senté la rodilla en el suelo, sacando adelante la otra pierna como balletero puesto al acecho. Por fin, el día de las Once Mil Vírgenes hallamos un cabo que llamamos así, por el milagro grandísimo que ahora diré.

Tenía este estrecho un largo de más de cien leguas, un ancho como de media legua y a los lados montañas altísimas con copetes de nieve. Volviendo a navegar sufrimos tempestades antes de hallar el paso que buscábamos, en las aguas heladas y oscuras; el silencio nos sobrecogía y de tal manera me apretó la congoja que vertí por los ojos muchas lágrimas, tratando de enterrar bajo la manta los suspiros.

Había la firme creencia de que tal paso existía, basándose en ciertos viajes anteriores, pero no había calado bastante para pasar; y si no fuera por el capitán nunca lo hubiéramos hallado, pues parecía que todo se cerraba alrededor y eran aquellas tierras de mucho peligro.

El capitán destacó dos naves, decidiendo que salieran de allí al día siguiente; así lo hicieron, para ver lo que había en el fondo de aquella oquedad. De allí en adelante no nos dejó bajar debajo de cubierta, por lo que nos helábamos de frío y nos ahilábamos de hambre, soplando siempre un viento contrario para acabarnos de acomodar.

Quedó aguardando en la bahía la capitana, por nombre Trinidad, así como la nao Victoria. Y sobrevino aquella noche tan fuerte virazón que tuvimos que levar anclas y dejar bailar nuestras carabelas todo lo que quisieron.

A los tres días vieron una entrada como una bahía, que luego resultó ser el estrecho. Ya cerquísima del fondo del embudo, y dándose todos por muertos, divisaron una boca minúscula que ni boca parecía, sino esquina; hacia allá fueron, abandonadas todas las esperanzas.

¡Oh, condición miserable de los hombres, qué fácilmente nos quejamos! Pues éstos descubrieron el estrecho a su pesar y el primero que lo supo comenzó a dar tales voces, que aunque algo decía, lo creían loco y lo dejaban como a tal. Viendo que no era esquina, sino paso, siguieron; conocieron otros estrechos y nuevas bahías, por lo que volvieron con gran ánimo, para que el capitán general lo supiera.

Estaba todo lleno de canales a modo de pasajes como laberintos, entre aquellas rocas y arrecifes. Creyendo que se perderían sin hallar el océano, vimos aparecer ambas naos atronando con muchas bombardas y gritos. Así, alineados los cuatro barcos que quedaban, dimos gracias a Dios y a la virgen María.

Fue nuestro capitán Magallanes quien tuvo el mérito de hallar aquel paso, fijando la posición del estrecho en los mapas y la extensión que tenía. Y como advertimos dos bocas en el estrecho, adelantó él una nave para que explorara. Iba en ella el otro gigante que recogimos, pero murió apenas entramos en zona calurosa; pues estaban hechas sus coyunturas para el mucho frío y, levantándose con una especie de locura se arrojó al mar por la timonera, sin que lo pudieran salvar.

Mientras, no nos faltaba tribulación ni ninguna adversidad, pues bastante teníamos con las tormentas, riñas, hambre y enfermedades, que andábamos extenuados y de espantoso aspecto. Tenía proyectado el capitán bajar cerca del polo antártico, donde en aquella estación no se hace nunca de noche o es muy corta, ya que estábamos en octubre. Llamamos a aquel estrecho patagónico; hallamos en los alrededores mucha leña de cedro y en la mar sardinas y muchos mejillones.

Había en tierra apio y hierba dulce que nacía junto a los arroyos, por llamarlos así; pues eran más

caudalosos que el Manzanares, que se llama río porque se ríe de los que van a bañarse en él y lo encuentran sin agua. Durante muchos días, sólo de estas hierbas pudimos comer.

Había bonitos en el mar y perseguían a otros peces voladores que llamamos golondrinos, pues saltaban fuera del agua y volaban, aun con las aletas empapadas, y en cuanto caían los apresaban y se los comían.

Mientras, el gigante que llevábamos en el barco nos enseñaba palabras en su lengua. Llamaba *chiaguen* al culo, *sachancos* a los testículos y al corazón *tol*. Al coito lo llamaba *hor*, que no sabía hablar de otra cosa, y a las partes de las mujeres les decía *isse*, relamiéndose de gusto.

Una vez hice una cruz, la besé y gritó: ¡*Setebos!*!, indicando que el demonio me entraría en el cuerpo y me haría estallar. Pero cuando enfermó me pidió el crucifijo y quería hacerse cristiano antes de morir. Le pusimos de nombre Pablo y un día lo hallamos tendido en el suelo echando espuma por la boca. Pensamos que moriría, pero volvió en sí como embelesado, tan débil que daba lástima mirarlo.

He de decir que cuando aquellas gentes querían encender un fuego frotaban dos trozos de cierta madera y viendo muchos fuegos en aquellas costas las bautizamos como Tierra de Fuego. A últimos de noviembre nos desencajamos de aquel estrecho, entrando en un mar que llamamos Pacífico, por la bonanza que allí había.

Continuamos luego la navegación, pues dijo nuestro capitán que aunque tuviéramos que comer el cuero de las vergas, seguiríamos adelante. Estuvimos tres meses sin probar alimentos frescos y aunque comiéramos galletas no era galleta aquello, sino polvo, que estaba lleno de gusanos porque lo mejor se lo comieron ellos.

Olía a diablos y a orines de rata; bebíamos agua amarilla y podrida, y se completaba el alimento con cuero de buey, que en la cofa del palo mayor protegía a las jarcias. Y aunque eran pieles endurecidas al sol, no se comían mal poniéndolas cuatro o cinco días a remojo en agua de mar. Las asábamos luego y nos sabían bien, gracias a la salsa del hambre. Era mejor que el serrín de madera, que también llegamos a comer.

Se vendían las ratas a medio ducado la pieza y más se hubieran comido si aparecieran; no era eso lo peor, sino que a algunos les crecían las encías sobre los dientes, atacados de un mal que luego supe llamaban escorbuto. No podían comer, muriendo diez y nueve hombres de esta enfermedad. Entre ellos estaban el gigante y otro indio de la tierra del Verzin, y arrojamos sus cadáveres al mar.

Más de treinta hombres enfermaron, así que hábiles quedábamos pocos, y decíamos: “Señor, hemos descubierto un mar, para morir en él”. Por la gracia de Dios yo hallé en mi equipaje una mazorca de maíz y de ella comí unos días, sin probar una gota de agua.

Recorrimos de esta forma más de mil leguas por el Pacífico y en todo el tiempo no conocimos una sola borrasca. No topamos con tierra ninguna, sino islotes en que sólo había árboles y pájaros, de tantos colores que era imposible contar las diferencias de sus plumajes. Al que trataba de robarles sus crías, se le venían a la cara a picarlo y a sacarle los ojos, como si fueran lobos rabiosos.

En algunos hoyos dejaban las lluvias pequeños charcos donde íbamos a chupar y a beber; pero como el vivir y el morir dependen de la voluntad de Dios, esperábamos en su misericordia y que él supliera nuestras fuerzas, para que pudiéramos seguir adelante.

Llamamos a aquellas islas Infortunadas o de los Tiburones, pues vimos a muchos de aquellos animales que seguían a las naos. Aunque fuéramos con todas las velas y buen viento andaban ellos más que nosotros, dando vueltas en torno. A uno de nuestros hombres le alcanzó la pierna un tiburón, cortándole el pie por encima del tobillo. Nos juntamos todos y pudimos cogerlo; abrimos aquel animal y sacamos de su vientre el pie y cinco tiburoncillos, que siendo pequeños eran muy buen manjar, y más que llevábamos mucho tiempo sin tomar alimento fresco.

No estaba el cielo en esta parte tan estrellado como en el Ártico y se veían muchas estrellas menudas y agrupadas. Creo yo que si al salir del estrecho hubiéramos tomado al rumbo de poniente, habríamos dado

la vuelta al mundo sin hallar otra tierra que el cabo de Buena Esperanza, en el África; pues están ambos cabos a la misma latitud si se mide desde el polo antártico. Mientras, se desviaba nuestra brújula, ya que era muy grande la atracción del polo. Habíamos visto ponerse el sol más de cien veces cuando vimos una cruz de cinco estrellas hacia poniente, tan brillantes y con tal simetría que las llamamos Cruz del Sur.

Llegamos por fin a unas islas que llamamos Marianas; pensamos que una de ellas era la isla de Cipango y otra la de las Siete Ciudades; pero pasamos de largo, pues hallamos una tercera más larga y espaciosa donde decidimos atracar para conseguir alimento fresco.

Arriábamos velas para bajar a tierra cuando divisamos unos botes que nos venían a visitar. Vimos que los indígenas subían a los barcos por las bordas, robando con gran rapidez el esquife que iba atado a la popa de la nao capitana. Aunque eran unos solemnes ladrones nos parecieron inocentes, pues aunque mostraban mucha destreza al robar, se morían de risa; hasta quisieron llevarse los botes, cosa que no se podía consentir.

Bajó a tierra el capitán con cuarenta ballesteros para castigarlos con dureza, pues estaba furioso por estas fechorías. Mataron siete hombres para recuperar el esquife, quemando muchas casas y canoas; no sé si hicieron bien o mal.

Eran aquéllos en el robar como gitanos y se preciaban de llevar los pelos largos hasta el ombligo y los dientes teñidos de negro. Las mujeres tenían el cabello hasta el tobillo o atado a la cintura, con sombreros de paja muy altos y unos calzones de lo mismo. Algunos de los nuestros nos rogaban que si matábamos hombre o mujer les trajéramos sus intestinos, pues era una superstición muy común en España, que comiéndolos sanarían.

Era cosa de ver, que cuando a ballestazos traspasaban a alguno de aquéllos, tiraban de la flecha y la observaban maravillados, lo que les provocaba la muerte. Una de sus mujeres, viendo a un marinero traspuesto por la fuerza del sueño, sacando un cuchillo lo degolló sin pensarlo dos veces, dejándolo en el suelo muerto.

Vivían según su voluntad, sin obedecer a nadie; y sonándose las narices, mirando el moquillo lo observaban despacio, como si fueran perlas y las quisieran conservar. Vi muy a mi placer que andaban las mujeres desnudas, cubriéndose el sexo con un tejido fino como el papel, que arrancaban de ciertas palmeras. En poco tiempo tuve ocupadas las manos entre su rostro y pechos y, como a lo melindroso, hacían las hembras que se defendían. Comencé a trabar conversación y a desenvolverme de manos, pues eran ellas finas y delicadas y sus cabellos como sueltos y negrísimos, hasta los pies. ¡Cuánto mejor me fuera ocupando mi persona en otros entretenimientos! Pues cuando pude conocerlas bien comprobé que eran perjudiciales, indómitas y sisantes.

No trabajaban y eran pobres, aunque ingeniosas y ladronas por demás, por lo que llamamos a sus tres islas de los Ladrones. Algunas se estaban en casa tejiendo esteras, cajas y otras cosas; comían cocos y bananas y se untaban el cuerpo con aceite de coco y ajonjolí. Dormían sobre paja desmenuzada y abundaban en sus habitaciones las bellas alfombras de palma.

Era la diversión de ellos navegar con su esposa en naves parecidas a góndolas, aunque más afiladas, con velas de palmas cosidas entre sí. Saltaban al agua como delfines y, aunque en la fecha que esto escribo se han mezclado con portugueses y españoles, por entonces pensaban ser los únicos hombres y mujeres del universo.

Navegando otra semana dimos a mediados de marzo con una isla muy elevada; aquella noche dormimos a placer, viendo que estábamos cerca de tierra. Desembarcamos al amanecer, llegándonos el agua a los pechos, y al llegar a la orilla levantamos dos tiendas para los enfermos, sacrificando un cerdo que los naturales nos habían regalado.

Nos pareció la isla desierta, pero luego llegaron varios hombres en un batel con varias frutas y vegetales. Los traían como regalo y a cambio les dimos gorros encarnados, espejos y peines. Nos dieron

pescados y un jarro de vino de palma, tomando ellos nuestras campanillas y otras cosas.

Eran los cocos para ellos como para nosotros el pan, el vino y el aceite. Nos sosegó el corazón aquel vino, que era cosa dulcísima, y preguntando de dónde provenía nos dijeron que perforaban el árbol por su parte más alta y tierna. Destilaba entonces un licor como el mosto; llenaban con él unas cañas gruesas como una pierna, que dejaban atadas al tronco por la mañana para beber de noche.

Daba también la palma el coco, grande como una cabeza humana; con sus filamentos tejían los nativos sus barcas, comiendo su carne, que era exquisita y al paladar recordaba la almendra. Dentro de esa pulpa hallamos agua clara, dulce y muy refrescante. Llamamos a estas islas de san Lázaro, pero más tarde las llamarían Filipinas en honor del príncipe Felipe, hijo del rey don Carlos.

Eran aquellas palmeras tan ricas que una familia de diez personas se mantenía con dos de ellas. Para disponer del aceite dejaban pudrir la pulpa y la hervían, saliendo una grasa como mantequilla. Para hacer leche rallaban la pulpa mezclándola con agua y, bien colada y estrujada a través de un paño, era como leche de cabra.

Eran aquellas gentes agradables y conversadoras; antes de marcharse pedían permiso con mucha educación, no sabiendo cómo agradecer las menudencias que les dábamos. Parecían multiplicarse las islas por allí y en todas había mujeres que nos acogían con ternura. Nos trajeron naranjas dulces y hasta un gallo, para demostrarnos que allí se criaban gallinas.

Era su jefe un viejo muy pintado, con aros de oro macizo a las orejas y muchos brazaletes de oro, con un pañuelo anudado a las sienes; nos mandaba traer a diario comida y bebida, por lo que veíamos el cielo abierto después de tantos meses de sobresaltos, contratiempos y recíprocas desdichas.

Supimos que próximos a aquellas islas había hombres con aros tan descomunales en las orejas que podían meter sus brazos en ellos; eran pueblos cafres, o gentiles, y sus principales usaban lienzos de algodón recamados de seda, en especial como turbantes.

Apenas llegados nos ocupamos de las mozas y de tomarles medida: eran oliváceas, gordas y pintarrajeadas y se ungián también con aceite de coco, para preservarse del sol y del viento. Pasamos la noche tranquilos y yendo a otra isla vimos hombres con cuchillos, dagas y lanzas de oro. Usaban anzuelos, arpones y redes para pescar encestando, y eran sus barcas semejantes a nuestras falúas.

Era ya lunes santo, poco después de mediodía, cuando estando para levar anclas oí cierto ruido. Un primer impulso me obligó a mirar; apoyando el pie sobre un cordaje resbalé por estar el esparto humedecido, de tal manera que caí al mar sin que ninguno lo notara, pues estaban todos descuidados y algunos medio dormidos.

Me puse a dar voces, pues empezaban los peces a ponerme el cuerpo como se merecían mis delitos; hasta que me vino a la mano el cabo de cuerda que llevaba la vela mayor, que por especial providencia colgaba de la borda. Me así a él y comencé a gritar, que no cabía de miedo; un mancebo de poca edad se asomó por la borda y vio que me estaba ahogando.

Vinieron otros de la lancha por mí, tomándome en brazos, así en camisa como estaba. Pasé la noche muy desacomodado, por el gran dolor de las mordeduras que tenía en mis partes, y así estuve hasta venir el alba. Que no creo me salvaran mis merecimientos, sino la voluntad de Dios que todo lo puede.

Me vestí al otro día lo mejor que pude, sosegándome algo de los dolores de la vapulación, cuando vimos fuego en una isla y una barca con hombres. Un esclavo del capitán, que era de Sumatra, les habló y lo entendieron; nos trajeron entonces a su rey, que subiendo a la nave abrazó a nuestro capitán, lo que nos admiró grandemente. Le dio tres vasijas de porcelana cubiertas de hojas y llenas de muchos víveres; a cambio le entregó el capitán una túnica de paño rojo y amarillo, con una barretina también encarnada. A los que lo traían les dio cuchillos y espejos, agradeciéndolo ellos con grandes muestras de alegría.

Hizo el capitán que el rey se armara de coraza completa y puso tres hombres que con puñales y espadas

le daban por todo el cuerpo, sin herirlo. Quedó el rey asombrado y le mostró el capitán petos, espadas y rodela, indicándole su utilidad. Vio la carta de navegar y la brújula, explicándole nosotros la forma en que hallamos el estrecho.

Se maravilló el rey con todo esto y, levantándose de la silla en que estaba, dijo que le gustaría recibir a dos de los nuestros para mostrarles lo que tenía. Lo sacamos a suertes y fuimos otro y yo a acompañarlo. Me cogió de la mano y entramos en un barco muy largo, como góndola; ordenó a unos hombres que trajeran un plato de carne de cerdo y una jarra de vino, por no estar ociosos mientras conversábamos.

Bebíamos una taza con cada bocado, pues parecía el rey muy devoto del dios Baco, como todos los de su nación; estaba su taza siempre llena y nadie bebía en ella, sino el rey y yo. A cada trago que él echaba levantaba las manos al cielo; luego avanzaba el puño hacia mí, de tal forma que la primera vez creí que quería darme un puñetazo. Finalmente bebía, olvidando enojos pasados, y no bien había terminado cuando yo lo imitaba al tocarme mi turno.

Con tanto ceremonial dimos fin a la merienda y el rey se retiró a la espesura de los árboles, donde se durmió. En cuanto a mí, comí carne en viernes santo, pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Pues no era cosa de hacer melindres y rehusarla, con el hambre que llevaba. Llegó con esto la hora de cenar; trajeron dos platos grandes de porcelana, el uno con arroz y el otro con carne de cerdo en su pringue. Así comenzamos, con las mismas gesticulaciones, y aunque me daban ganas de reír, disimulé como pude.

Fuimos al palacio real que tenía la forma de una pirámide de heno y estaba recubierto con hojas de palma. Allí el hijo mayor del rey nos recibió con los brazos abiertos; y como el palacio estaba edificado sobre gruesas estacas que lo alzaban de la tierra, tuvimos que subir varios peldaños para entrar.

Nos hizo sentar en una esterilla de mimbres donde estuvimos como media hora, con las piernas cruzadas como hacen los moros. Trajeron un plato de pescado con trozos de gengibre y vino; el hijo del rey, que era príncipe, oía nuestras cosas tan absorto que parecía un mármol, sentado allí junto a nosotros. Era hermoso de rostro, moreno de cuerpo y llevaba un vestido de color. Los cabellos negríssimos lo alcanzaban a media espalda, bajo un turbante de seda, y pendían de sus orejas dos aros inmensos de oro. Llevaba pantalones bombachos enteramente bordados en seda y al costado una daga con descomunal puño de oro y funda de madera tallada. En cada diente mostraba tres manchas de oro como engastadas en ellos; olía a exquisitos perfumes y hablaba con gran desparpajo de pasmos, prodigios y quintos planetas. Era oliváceo, bajo la mucha pintura que llevaba. Nos sirvieron otro plato de pescado con salsa y más vino; mi compañero, bebiendo a menudo y sin recato, llegó a embriagarse de tal forma que se quedó dormido.

Se alumbraban con lámparas y usaban como combustible resina de árbol envuelta en hojas de palmera. Dio a entender el rey que quería marcharse a dormir y nos dejó con el príncipe, en cuya compañía descansamos sobre esteras de mimbre y cojines de hojarasca; ambos quedamos muy contentos, haciendo rancho con aquel mancebo.

Llegado el día vino el rey y me tomó de la mano de nuevo, pero no de manera que me pareciese que era con mala intención; pues fuimos a desayunar y venía una lancha por nosotros. Antes de partir, el rey nos besó con alegría en la mano y nosotros la suyas; así quedamos tan amigos, yendo yo a la nave a contar a los otros todo lo que viera en la isla.

Procuró el capitán sonsacarles algunas cosas, como que había allí pepitas de oro como nueces y hasta como huevos, y se hallaban con muy poco trabajo, cribando la tierra. Le conté yo que todas las vasijas del rey eran de oro, y parte de su casa. Le hablé del príncipe y le dije que era lampiño, sin pelo en la barba por ser muchacho, siendo el varón más hermoso que vimos en estas tierras. Y contándoles a todos sus gracias se asombraron, aunque yo lo relataba en humilde estilo, y yéndome por los atajos.

Dos horas hacía que estaban todos escuchando cuando aquella gente nos llevó dos cerdos muertos; movidos del celo de nuestra santa fe que debe tener todo cristiano, pedimos permiso para bajar a tierra al día

siguiente a decir misa, pues era domingo de Pascua.

Accedieron, y con esta licencia llegamos allí. La suerte nos favoreció, pues se acercó el rey a besar la cruz y en la elevación permanecieron todos de rodillas, adorando con las manos juntas. Terminada la misa leyó el capitán las oraciones y los nuestros comulgaron muy devotamente. Quiso Dios alumbrarme, pues en aquel instante comencé a afligirme de todo mi embuste y ficción, como si me hubieran condenado a doscientos azotes y seis años de galeras.

Empezamos luego un baile con las espadas y yo, que había pasado algunos lances de éstos, no quedé mal. Hizo el capitán que trajeran un crucifijo con los clavos y la corona; dijo el rey que lo plantaran en el monte más alto para que ni los truenos, rayos ni tempestades los perjudicaran, si al verlo cada mañana lo adoraban. Les preguntamos si eran moros o gentiles y en qué creían; contestaron que no adoraban a nadie y alzando las manos al cielo dijeron llamar a su dios: “Abba”, lo que llenó al capitán de alegría.

Ya todos nos querían y estimaban; como era la hora de almorzar pusieron la cruz en el monte y, tras hacer desfilar a nuestro batallón, nos esparcimos por aquellos lugares. ¡Era tan perfecta la frescura! ¡Tan admirable la quietud de la naturaleza! Pidió el capitán algunos pilotos, pues quería zarpar con la aurora, y fue tanta la bondad del rey que él mismo se ofreció. Estábamos listos para partir cuando nos dijeron que el rey y su hermano estaban enfermos, porque habían comido y bebido mucho; nos dieron algunas disculpas y el capitán disimuló como pudo, dejándose llevar del engaño.

Al amanecer, nos alejamos con pesar de una tierra que sólo nos dio satisfacciones. Hallamos al salir una isla con murciélagos tan grandes como águilas, de un sabor parecido a nuestra gallina. Abundaban las palomas, tórtolas y unas hermosas aves con larga cola y exquisito sabor. Ponían huevos enormes en la arena, donde se incubaban con el calor y salían los polluelos sacudiéndose la arena. Como eran los huevos comestibles, les dábamos un hervor y nos servían de alimento.

Era el día quince de abril cuando entramos en el puerto de Zubú. Hallamos que el rey de esta isla era moro, por lo que decidió el capitán enviar a un fraile para que les diera un sermón. Después de comer llegaron a la nave el rey y su sobrino el príncipe; ocupaba nuestro capitán un trono de terciopelo encarnado y los principales estaban sentados en sillas de cuero, mientras que los demás aguardábamos en cuclillas sobre alfombras.

Parecía el rey hombre de bien. Supimos que no tenía hijos varones, sino hembras, y aquel sobrino estaba casado con la mayor, por lo que era su heredero. Hablando de muchas cosas les informó el capitán de las verdades de nuestra fe, invitándolos a que se bautizaran. Les dijo que no había que hacerse cristianos por miedo ni por complacenos, sino por su propia voluntad; al que quisiera seguir sus leyes no se le haría ningún daño, aunque los cristianos serían mejor vistos que los otros y les entregaría una armadura a cada uno.

Estimó mucho el rey el favor que se le hizo y lloraba de alegría prometiendo seguir sus consejos. Pero dijo no entender lo que le explicó el capitán, que no podrían usar a sus mujeres gentiles sin cometer gravísimo pecado. Para alivio de sus cuidados, éste le aseguró que nunca más se les aparecería el demonio y el rey se animó entonces, ofreciéndose como servidor. Regalamos muy bien a los que se sentaron a la mesa y, como se hacía tarde, despidió el rey al capitán entre suspiros y sollozos.

Nos mandaron a la isla a mí y a otro, con una túnica de seda amarilla y morada para el rey, a la manera turca, un gorro encarnado y collares de vidrio. Lo hallamos en su palacio, sentado sobre una esterilla de palma; llevaba puesto un taparrabos de algodón para no enseñar sus vergüenzas, un turbante bordado, un collar de gran precio y dos enormes pendientes de oro con piedras preciosas.

Era gordo, pequeño, con muchos tatuajes hechos al fuego. Otra esterilla le servía de mantel y comía huevos de serpiente servidos en vasija de porcelana. Debía de hablar de algo gracioso por lo mucho que se reía, o quizá se debiera a que tenía al lado cuatro jarras con vino de palma cubiertas de hierbas olorosas. Un canuto de caña metido en cada jarra le servían para beber.

Nos regaló muy bien. Le ceñimos la túnica, le colocamos el gorro, y con grandes cortesías nos hizo comer aquellos huevos y beber de los canutos. Pasamos allí la tarde; quiso que nos quedáramos para la cena y le dijimos que era imposible. A pesar de todo nos condujo a su mansión, donde cuatro muchachas tocaban instrumentos de música; que si una era bonita no era menos la otra, y así las demás. Una tocaba un tambor parecido a los nuestros, acurrucada en tierra, de forma que al verla casi quedé sin aliento. Otra percutía con un bastón engordado en su extremo con tejido de palma, sobre dos trozos de metal colgado. La tercera golpeaba en una rodela metálica mayor, y no la hubiera yo cambiado por otra con dinero encima. La última hacía entrechocar dos bastoncillos de metal, de los que arrancaba sonidos muy suaves.

Me fui yo acercando con penosos suspiros y más alterado estaba mi compañero, que era aquélla su manera de ser. Volviendo a lo nuestro, actuaban tan a compás que parecían expertas en música. Hubiera yo aguantado que me llevaran a la cárcel y me embargaran todo lo que tenía por verlas a solas, pues eran las cuatro hermosas y blancas, casi como nuestras mujeres. Estaban desnudas, salvo un tejido vegetal de la cintura a las rodillas, y alguna desnuda enteramente, de forma que como aquéllas no las había visto yo más de dos veces. Me defendía para no morir y ellas nos recibieron con mucha alegría. Anduvieron descalzas en todo momento, sus largas cabelleras ceñidas por estrechos turbantes y el pabellón de las orejas deformado por un largo cerquillo de madera.

El príncipe nos incitó a bailar con tres, desnudas de arriba a abajo. Tras esto merendamos, y era tal la dulzura que he pintado que dejé con ellas la mitad de mi alma. Nos contaron que aquellas sonoras placas de metal las hacían en China, las llamaban gong y las usaban como nosotros las campanas. Cuando volvimos a los barcos llevábamos puestas en ellas nuestros pensamientos, de forma que en veinticuatro horas no hubo sueño para mí, y me entretenía mirando las nubes.

Murieron por entonces dos de los nuestros y pedimos permiso para enterrarlos en el pueblo. Plantamos allí una cruz y todos la adoraron con nosotros; las mujeres lloraban amargamente, echándose de pena en el suelo, lo que nos renovó las heridas del corazón.

Pudimos saber que vivían estos pueblos con mucha justicia y conocían las medidas y el peso. Amaban la paz, el ocio y la quietud, que suelen ser efectos de la ociosidad. Vimos que usaban balanzas de madera y me mostraron una varilla horizontal colgada de una cuerda, con un garfio a un extremo; al otro pesaban la carga en un platillo, a la manera de las balanzas que llamamos romanas.

Estuvimos allí tres noches y me señalaron alojamiento, de forma que en este tiempo conocí sus costumbres. Jugaban los muchachos de una forma parecida a los nuestros; estaban sus casas en alto con escaleras y bajo las casas guardaban sus cerdos, cabras y gallinas. Nos llevaron a pescar y nos mostraron unos peces muy grandes que mataban a las ballenas cuando se los tragaban vivos, comiéndoles el corazón.

Dejémoslo, y volvamos a otro párrafo a decir que prometió su rey al capitán convertirse en cristiano al domingo siguiente. Entre varios elevamos una tribuna con adornos de tapices y ramos de palmas; le enviamos a decir al rey que no se asustara al amanecer de los bombardazos, pues era costumbre hacer sonar la pólvora en las fiestas, lo que dejaba a los naturales sumidos en notable temor.

Vino la noche, algo oscura como suele ocurrir, y el domingo bajamos a tierra unos cuarenta hombres, dos con armaduras completas y el estandarte real. Por fin llegó la hora, sentándose el rey y Magallanes sobre tronos de terciopelo rojos y morados. Se acomodaron los jefes en cojines y otros en esteras; bajando la voz dijo el rey que él quería ser cristiano, pero que algunos de sus principales no querían.

Por ello, mandó el capitán llamar a los nobles de allá para comunicarles sus intenciones. Dijo que si no lo obedecían los mandaría matar en el acto, en cuanto acabaran de comer; con lo que dijeron que sí, que obedecerían, y todavía se decía alguno indigno de recibir este favor.

Vi que se colocaba en el lugar una gran cruz. Se hallaban los nobles confusos, pues advirtió el capitán que deberían quemar todos sus ídolos y venir a diario para adorar la cruz, con las manos juntas y postrándose